

NORMAN MANEA Y LA LITERATURA DEL EXILIO*

Simona Leonti

Universidad Alexandru Ioan Cuza (Iasi, Rumanía)

Así comienza una reseña publicada el 2 de febrero en el *Los Angeles Review of Books*:

El año pasado se celebró el importante, pero a la vez vastamente ignorado décimo aniversario de la publicación del libro de Norman Manea, *El regreso del húligan*. [Consecuentemente], su libro está siendo reeditado por Yale University Press e incluido en una serie decidida a identificar obras de relevancia cultural y artística que previamente los traductores y las editoriales hayan pasado por alto.¹

Efectivamente, en los últimos meses se ha hablado mucho, tanto en Rumanía como más allá de sus fronteras, de este hijo no pródigo, pero desarraigado, y de las tensas relaciones con su pasado, con la escritura y con la patria que abandonó hace más de 25 años. ¿El motivo de tanto alboroto? El escritor se encuentra entre los cuatro de nacionalidad rumana propuestos para el Premio Nobel de Literatura de 2014.

Como el autor mismo confiesa, la fascinación de las palabras y la «tiranía de la afectividad» lo enlazan por más de 50 años a la constancia del lugar natal, Bucovina (una pequeña provincia en el NE de Rumanía) y a la obsesiva obstinación de conservar el idioma, como único vestigio y verdadera pertenencia inamovible. Se ha dicho muchas veces que el suyo es un libro representativo para la literatura de la última década, tocando temas como el Holocausto, el anti-totalitarismo, la especificidad de Europa del Este, etc. Sin embargo, como sucede con todos los libros que suscitan arduas polémicas, su recepción dentro del país ha sido bastante polarizada, sobre todo porque ofrece una visión crítica de la sociedad, en algunos de los momentos más difíciles de su historia reciente.

Es un libro sobre el exilio, que trata de las «adversidades internas y externas» del ser humano, de las ilusiones y las trampas que el narrador mismo se pone, de las limitaciones del día a día en un espacio restringido, que se traduce en aislamiento y en una realidad moldeada para encajar con «la lengua de madera» y la susceptibilidad generalizada.

* Norman Manea: *Întorcerea huliganului*, Polirom, Iasi, 2003 (2011, 3ª ed.), 317 pp. ISBN: 978-973-46-1912-2 // *El regreso del húligan*, Joaquín Garrigós, trad., Tusquets, Barcelona, 2005, 392 pp. ISBN: 978-84-8310-308-1.

¹ Traducción propia.

España tuvo una experiencia similar cuando, durante la dictadura, escritores e intelectuales se vieron forzados a elegir entre el exilio interior y el abandono de la patria. El de Norman Manea es, podríamos decir, un exilio híbrido, porque a pesar de tomar el camino «definitivo» (porque así eran, antes de la caída del Antiguo Régimen, todas las partidas), conserva la lengua en la que se crió, escribe todas sus obras en rumano y se declara abiertamente un escritor rumano y hebreo, sin darle mayor importancia a uno u otro determinante.

Pero antes de indagar más en la temática de sus libros, averigüemos quién es Norman Manea y cuáles son las cualidades que lo individualizan en el mundo de la escritura y de la cultura.

Nacido en 1936, es uno de los más apreciados prosistas y ensayistas rumanos, profesor de literatura europea y *writer in residence* en el famoso colegio Bard de Nueva York. «El exilio fue un trauma privilegiado» dice, después de tantas décadas. Su historia comienza con la deportación a Transnistria, durante la Segunda Guerra Mundial, pasa por la repatriación de 1945, narra la vida bajo la dictadura y, finalmente, el exilio, para cerrarse con el primer regreso al país, después de más de diez años en los EE.UU. No se trata de una vuelta definitiva, sino de la necesidad de cerrar los círculos viciosos que lo contienen y donde habitan sus miedos, sus manías, pero también las ilusiones y esperanzas, el fantasma de su madre y los pocos, pero fieles amigos.

Después de dejar el país en 1986, el autor gana, año tras año, importantes premios y reconocimientos: en 1992, la beca Guggenheim, un año más tarde, la Biblioteca Nacional de Nueva York le otorga la distinción *Literary Lion*, en 2002 gana el Premio Internacional de Literatura Nonino y en 2006, el premio Médicis Étranger por el libro de la presente reseña. Entre sus libros más conocidos se encuentran: *El regreso del húligan*, *Sobres y retratos*, *Felicidad obligatoria*, *El sobre negro*, *Payasos*. *El dictador y el artista*.

Aunque la traducción española de *El regreso del húligan* lleva como subtítulo *Una vida*, el texto no debería leerse únicamente en clave autobiográfica; antes de nada, se trata de una novela. Más allá de ser «un terrible testimonio de los horrores de la historia, de los totalitarismos y las tragedias individuales y colectivas que esos engendraron» y sobre todo lejos de cualquier intento de reclamar el papel de víctima, el libro nos revela las vicisitudes de una vida; las limitaciones de la cotidianidad, los logros, las ilusiones, así como las dificultades, grandes o pequeñas, de un determinado periodo histórico.

El autor emplea un concepto inventado por dos antecesores, Mircea Eliade y Mihail Sebastian; la noción de «húligan» es definida como «símbolo de la rebeldía y de los desvíos de los años de juventud». Desde el título, Manea se define a sí mismo como «húligan» y lo justifica por la incapacidad de encontrar su lugar en ninguno de los universos concéntricos que conforman su mundo.

El libro no respeta necesariamente las pautas de un diario o de unas memorias: consta de cinco apartados, cada uno de ellos compuesto por varios capítulos (*La garra*, *Bloomsday*, *Casa del caracol*, *Tren de noche*, etc.). Al principio, se tiene la impresión de que los eventos que se suceden no tienen conexión los unos con los otros, porque no siguen un orden cronológico. Obedecen más bien a un tiempo interior, profundamente subjetivo («el ritmo de la memoria»).

Nos encontramos frente a un inmenso rompecabezas de eventos narrados desde diferentes puntos de vista. Según la tonalidad emotiva o el impacto que causaron en su memoria, los distintos recuerdos se narran de manera diferente, alternando emocionantes episodios en primera persona con anécdotas sobre su familia, su primera novia, etc., en tercera persona. Es sorprendente el contraste que hay entre la intensidad e identificación de algunas secuencias y la mirada fría, no involucrada, de otras. Manea pretende distanciarse de los horrorosos sucesos que marcaron su infancia, en un intento de recuperar el recuerdo de su madre y de conciliar la imagen de su tierra natal con la del país donde la hipocresía generalizada se había instalado hace años.

El estilo es sencillo, familiar, denota cercanía. A lo largo de la historia, el lector siente que el autor le está revelando, como a un amigo íntimo, las esperanzas que alberga, los logros que disfruta, los temores que esconde, las vicisitudes y los desengaños que afronta.

Lo que me impresionó fue su manera de proyectar la existencia a un punto de la prehistoria, es decir, a un tiempo anterior a su nacimiento –el encuentro de sus padres:

Cuando el sabio chino de hace siglos me pregunta, como a tantos de sus lectores, ¿Cómo te veías antes de que tu padre y tu madre se hubieran encontrado? me dispongo a evocar el camino entre dos localidades vecinas, en el noreste de Rumanía, a mediados de los años 30. Una franja de piedra y polvo entre esbeltas columnas de árboles bajo el techo de un cielo doméstico, soñoliento. Una cinta dorada de espacio convertido en el tiempo necesario para llegar de una parte a otra, de una cosa a otra. Los cuentos de hadas llaman a esta comedia amor, o sea el error de atribución que todos, aparentemente, necesitamos.²

² Traducción propia.

Igualmente impactante resulta la escena en la que se decide, finalmente, a emigrar, a abandonar su país, mirando hacia un futuro incierto:

Partir significaba no sólo morir un poco, como en tantas otras melancólicas separaciones, sino que podía ser hasta suicidio, el viaje final. Partir también prometía, sin embargo, una salvación por lo menos parcial, provisional. Salvarse del incendio. La salida de emergencia, la solución sumaria. Sin saber si tendrás un techo, sales, apresuradamente, del edificio en llamas.³

Quizás el fragmento que mejor suma la intensidad de su experiencia es el siguiente:

August el Tonto se había cansado, sin embargo, del viejo papel de víctima. La Iniciación había sido precoz, su valor pedagógico, relativo. Había aplazado la separación de la Patria recuperada en el 45, engañado, como por hipnosis, con poder remplazar el país por la lengua. Lo único que me quedaba era llevar mi lengua, mi casa, conmigo. La casa del caracol. Cualquiera que fuese el lugar donde iba a naufragar, ella seguiría siendo, lo sabía, el infantil refugio de la supervivencia.⁴

No obstante, al regresar, al cabo de diez años, más allá del reencuentro con viejos amigos y conocidos, se resalta el choque al descubrir la decadencia del lenguaje y la histérica monotonía de lo cotidiano. El regreso significa cerrar el último círculo y nos ayuda a indagar en el sentido oculto de ese viaje en el pasado, una exploración que revela la vida del escritor, ese «eterno payaso». Como bien sabemos, las grandes obras rehúyen las etiquetas, las condensaciones. Así que sería, quizás, un riesgo asumido decir que *El regreso del húligan* es una exploración de las vivencias más íntimas de un escritor, de un intelectual y, sobre todo, de un ser humano perseguido por la fatalidad de haber vivido en un determinado periodo histórico.

Es un libro serio, pero que logra cautivar desde las primeras líneas, sorprendiendo con imágenes insólitas a medida que el relato se desenvuelve. Es, en definitiva, un libro que hay que leer, sobre todo por ser un punto de referencia en la literatura contemporánea universal.

³ Traducción propia.

⁴ Traducción propia.